

Curso de Superiores OCist – Roma 2013

Capítulos sobre la Regla de San Benito, 8 de Julio de 2013

La dimensión de acogida del hijo perdido para volver a adoptarlo y reformar en él la comunión fraterna deteriorada, la encontramos expresada en el papel que san Benito asigna al superior durante la celebración del Oficio divino. Especialmente encuentro significativo en este sentido la manera con que san Benito pide que se recite el Padrenuestro en Laudes y en Vísperas: “Nunca deben terminarse las celebraciones de laudes y vísperas sin que al final recite el superior íntegramente la oración que nos enseñó el Señor, en voz alta, para que todos la puedan oír, a causa de las espinas de los escándalos que suelen surgir, con el fin de que, amonestados por el compromiso a que obliga esta oración cuando decimos: «Perdónanos así como nosotros perdonamos», se purifiquen de ese vicio. Pero en las demás celebraciones solamente se dirá en alta voz la última parte de la oración, para que todos respondan: «Mas líbranos del mal»” (RB 13,12-13).

Mañana y tarde, en los dos Oficios principales de la liturgia monástica, el culmen de nuestra oración común es, justamente, la Oración del Señor, el Padrenuestro. San Benito la hace cantar al superior solo, como para subrayar el hecho de que es Cristo mismo el que recita primeramente esta oración con nosotros y por nosotros. El efecto principal de esta oración de Cristo en medio de nosotros es la Redención, es decir, el fruto de la Cruz, la remisión de nuestros pecados. En efecto, la comunidad se une a la recitación del Padre nuestro allí donde las peticiones se convierten en petición de pecadores, es decir, en el punto en el que la oración filial de Jesús se convierte en oración de los hijos adoptivos: “Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. El superior, que hasta la petición del pan de cada día oraba solo haciendo, por decirlo de alguna forma, las veces de Cristo, continúa la oración como pecador que es, junto con los demás hermanos. La elección de volver a acogernos como hijos, que pedimos a Dios junto con la remisión de las ofensas cometidas contra Él, con la remisión de la dilapidación de todos los bienes que teníamos cuando nos alejamos de Él, la opción de volver a adoptarnos que suplicamos de su misericordia, implica una responsabilidad de nuestra libertad o, más bien, una consecuencia, una resonancia en nuestra libertad: la elección, la opción de reconciliarnos con los hermanos y hermanas remitiendo también sus ofensas contra nosotros.

La expresión “espinas de los escándalos – *scandalorum spinae*” explica bien la naturaleza profunda del pecado, del vicio. Las espinas son agujones que impiden una adhesión, una unión, un contacto agradable. Las espinas son una excrecencia defensiva y ofensiva al mismo tiempo. Es una imagen con la que Benito resume todas las actitudes, palabras, sentimientos, pensamientos que producimos para defendernos de los demás y ofenderlos a un mismo tiempo. Las espinas simbolizan nuestro miedo del otro, que se expresa en una ofensa. Y de aquí nacen los escándalos, es decir, lo que nos hace caer, lo que nos hace ser ocasión, los unos para los otros, de infidelidad al amor del Padre, ocasión de caída de la gracia de ser hijos de Dios.

Pienso que esta ceremonia de la mañana y de la tarde, en la que el superior, en cierto sentido, “celebra” la Oración del Señor como un sacramento de misericordia, de gracia que desciende del Padre para penetrar en los corazones y en las relaciones de todos los hermanos, como un Pentecostés, pienso que esta ceremonia describe el sentido, la belleza y el verdadero fervor de toda la oración monástica comunitaria. Es una oración que tiende a permitir encarnarse en nosotros y entre nosotros la oración de Jesús, permitiendo a la gracia de ser hijos adoptivos de Dios penetrar en nuestra libertad hasta abrazar todas las relaciones que vivimos, toda nuestra vida humana. Pienso que una profundización en esta imagen de la oración puede ser también un método de conversión y de curación de las personas y de las comunidades, y nos hace entender con qué nivel de profundidad el abad debe y puede ser instrumento de esta constante renovación de la comunidad en la humildad de reconocernos llenos de espinas de miedo y de violencia ante Dios y ante los demás.

El papel fundamental del superior descrito en esta escena litúrgica del capítulo 13 de la Regla, y que después se reproduce en todos los ámbitos de la vida del monasterio, es esencialmente el de ser, con la oración y la palabra, testigo de la Redención que, gracias a la oración del Hijo, desciende del Padre como gracia de adopción que se cumple en nosotros en la medida en la que nos reconciliamos con los hermanos. La oración filial del abad debe provocar la oración filial y fraterna de toda la comunidad.

Pienso que es a partir de este centro del que debemos comprender toda la responsabilidad que el abad debe ejercer, hasta la corrección y el castigo, para obtener la presencia y el fervor de todos los hermanos en la oración común.

En el fondo, el abad debe velar, exhortar y corregir para ayudar a los hermanos a no abandonar este punto del que mana la transformación de sus vidas. Y este manantial es la oración de Jesús al Padre, a la que el Espíritu Santo nos regala el unirnos en el ámbito de la comunidad cristiana al que estamos llamados a pertenecer. Precisamente es en el Oficio divino, en el *Opus Dei*, en el que se nos da el comenzar y terminar cada jornada recordándonos que hemos “recibido el Espíritu de hijos adoptivos que nos hace gritar: ¡Abba, Padre!” (Rm 8,15), y que tenemos un superior y una comunidad, somos monjes y monjas cenobitas, para recordarnos y vivir este misterio. Porque solo poniendo en el centro la participación humilde y contrita a la oración al Padre de Jesús podemos vivir la caridad de la fraternidad.

Cuando san Benito nos dice, sin medias tintas: “No se anteponga nada a la Obra de Dios” (RB 43,3), es decir, al Oficio divino, debemos pensar sobre todo en este misterio y acontecimiento, antes que en las formas, en los tiempos y en los modos de la celebración del Oficio. No nos pide una preferencia formal, ceremonial, sino la preferencia del misterio que el Oficio nos da a vivir y acoger siempre de forma nueva. Este misterio es la gracia de la vida filial que recibimos del Espíritu Santo uniéndonos a la oración de Cristo hasta vivirla en la caridad fraterna.

Toda la liturgia tiende a hacernos recordar, celebrar, acoger y vivir este misterio, esta gracia, para que después la vida de hijos adoptivos pueda irradiarse en todos los momentos y aspectos de nuestra existencia.

No sé cuántos de nosotros somos conscientes de esta importancia de la oración común y cuántos de nosotros la vivimos así, como lugar del que mana una constante renovación de la vida personal y comunitaria. Todos sufrimos por las numerosas “espinas de los escándalos” que continuamente despuntan en las comunidades. Muchas de estas espinas son para las comunidades y, sobre todo, para los superiores, verdaderas “espinas en la carne” que nos irritan terriblemente y de las que deseáramos, ¡justamente!, ser liberados. Nos afanamos para resolver, arrancar, despuntar todas estas espinas, pero los resultados son, a menudo, desilusionantes, y las espinas repuntan siempre.

¿Cuántos de nosotros rezamos el Oficio en general y especialmente el Padre nuestro con la conciencia de fe de estar orando con Cristo al Padre, y, por lo tanto, ciertos de que solo el Padre puede, si quiere, quitar las espinas de los escándalos, curar a los que las llevan y a quien es herido, y reconciliar los corazones y las relaciones en la gracia del Espíritu que nos hace hijos adoptivos de Dios?

¿Cuántos de nosotros vivimos todos los momentos, reuniones, correcciones, exhortaciones inherentes al ministerio abacial así, en este espíritu, con esta posición del corazón, como si constantemente nos encontrásemos en presencia de Dios, orando el Padre nuestro con Jesús hasta el punto de estar dispuestos a perdonar como el Padre nos perdona, y de acoger la gracia de ser hijos de Dios y, por lo tanto, hermanos y hermanas en Él?

En el fondo, todos los Salmos, todas las oraciones de la liturgia, quieren conducirnos a este culmen, a esta profundidad. Y es desde aquí desde donde se inicia la transformación de toda la vida y, por lo tanto, del mundo.

Creo que se puede entender e interpretar toda la Regla de san Benito a partir de este punto fundamental. Ahora no tenemos tiempo de hacerlo, pero cada uno de vosotros podrá profundizar después y, quizá yo lo haré junto con los jóvenes del Curso Monástico en septiembre. También porque es una profundización, una meditación que cada uno debe hacer en lo concreto de su comunidad, de sus problemas y dificultades, de las “espinas” y de los “escándalos” que lo atosigan como superior de una comunidad concreta.

Todo superior debería preguntarse si colabora o no con el Espíritu Santo en la divina adopción filial de los hermanos o hermanas de su comunidad. Y este es un trabajo que comienza y se cumple en la oración de Cristo, porque es una obra que solo el Espíritu Santo puede cumplir en nosotros y entre nosotros. A cada monje o monja se le pide la conversión a esta vida, y todo en el monasterio tiende a esto. El superior tiene la responsabilidad, con la oración, la palabra, el ejemplo, el amor, de llamar constantemente a esta vocación y gracia fundamental, que hacen de la vida monástica un signo de la verdad de la vocación cristiana para cada hombre y mujer, en cualquier estado de vida y situación, en cualquier cultura.

No es por casualidad que san Benito hace culminar los doce grados de la humildad en el monje impregnado de humildad, en el corazón y en el cuerpo, y que lo expresa en todas partes, “durante la Obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio, en el huerto, por el camino, en el campo y en cualquier lugar” (RB 7,63). Esta actitud, añadirá poco después, es la del publicano arrepentido colocado al fondo en el templo al que Dios justifica.

En san Pablo, justificación, redención, adopción filial, coinciden. En efecto, seguidamente, san Benito concluye el capítulo sobre la humildad hablando del amor filial de Dios, que es el amor de Cristo que sustituye en nosotros al temor servil. Y este amor filial es manifestación del Espíritu Santo que nos purifica de los pecados, de las “espinas” de las que hablábamos antes: “Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero, purificado ya de sus vicios y pecados” (RB 7,70).

Se me ocurre pensar que el paso del temor servil al amor confiado de los hijos no es solo la transformación interior que debe acontecer en cada monje o monja que sigue el camino trazado por san Benito, es una transformación que debe acontecer también en las relaciones de cada superior con su comunidad, y con cada hermano o hermana en particular. Solo entonces un superior comienza a amar su comunidad en el amor de Cristo, en aquella caridad dada por el Espíritu Santo con la que se ama al Padre y a los demás con el mismo amor o, más bien, se ama a los demás amando al Padre. Sé que no es fácil amar la propia comunidad sin desconfianza, sin exasperación, sin miedo. Pero “quien teme no es perfecto en el amor” (1Jn 4,18), y esto vale tanto para el amor a Dios como para el amor al prójimo. Por esto, lo repito, tenemos necesidad de ir los primeros a la fuente de la caridad, a lo que Juan llama “amor perfecto” que “aleja el temor” (ibidem). Este amor perfecto es que “Dios nos ha amado primero” (v.19).

Pienso que esta vuelta constante, y cada vez más profunda, al Dios que nos ama primero, es lo que san Benito nos pide y ofrece con el papel que asigna a la liturgia y a la oración en general en la vida del monasterio. Es interesante el fragmento del duodécimo grado de la humildad que acabo de citar, donde enumera los lugares y momentos en los que se manifiesta la humildad perfecta, porque esta enumeración describe como una irradiación que va del centro de la liturgia comunitaria hacia el mundo: “durante la Obra de Dios, en el oratorio, en el monasterio, en el huerto, por el camino, en el campo y en cualquier lugar” (RB 7,63).

El centro y el apoyo de la irradiación del amor humilde que aleja el temor, es decir, de la vida de hijos adoptivos de Dios en el Espíritu Santo, es el Oficio divino. Pero un apoyo de luz vive si se irradia de verdad, y, por esto, la serie de círculos de irradiación enumerados aquí es importante, porque sin ellos la Obra de Dios quedaría como una práctica estéril, humeante, enmohecida, preocupada solo de formalismos y pietismos, no sería la fuente de un amor filial y fraterno sin temor que continuamente se irradia del coro al oratorio, del oratorio al monasterio, del monasterio al huerto, del huerto al camino, del camino al campo, y del campo a cualquier lugar, es decir, al mundo entero.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist*